

En los territorios del Plata no había minas. Era preciso vivir de la tierra, y el soldado español se hizo colono, olvidando los fabulosos relatos que le habían arrastrado á este país.

Además, Garay, adivinando el porvenir de las inmensas pampas, hasta entonces improductivas, las pobló con el caballo y el toro andaluces.

El glorioso Don Juan fué el abuelo ilustre de los estancieros argentinos.

IV

LA VIDA COLONIAL. - LA CIUDAD Y EL CAMPO. - LAS MISIONES JESUÍTICAS

Los conquistadores tuvieron que luchar con un enemigo temible, que aun en nuestros tiempos dificulta el desarrollo de la República Argentina: el desierto.

Asombra el desarrollo de ciudades é instituciones durante tres siglos en un territorio tan vasto y con tan escasos pobladores. Á fines del siglo XVIII, las provincias del Río de la Plata, que constituían un virreinato equivalente á la cuarta parte de la América del Sud, entrando en él Uruguay, Paraguay y una gran parte de Bolivia, no tenía, según el general Mitre, más que 600.000 habitantes; menos de la mitad del actual vecindario de Buenos Aires. Descartando la parte correspondiente á los citados países que fueron del antiguo Río de la Plata, y teniendo en cuenta lo que pudo desarrollarse la población en doscientos años con las inmigraciones peninsulares y el crecimiento vegetativo, júzguese cuál sería el número de habitantes de este gobierno á principios del siglo XVII, cuando quedó terminada la obra de la conquista. Tal vez no llegasen á 100.000.

Las futuras ciudades eran pequeñísimas manchas de población apenas visibles en la grandiosa aridez del desierto. Estos núcleos se comunicaban poco entre sí, y no podían formar un cuerpo político. Cada ciudad, á impulsos de sus necesidades económicas, buscaba salida por donde las circunstancias geográficas le permitían una expansión más fácil.



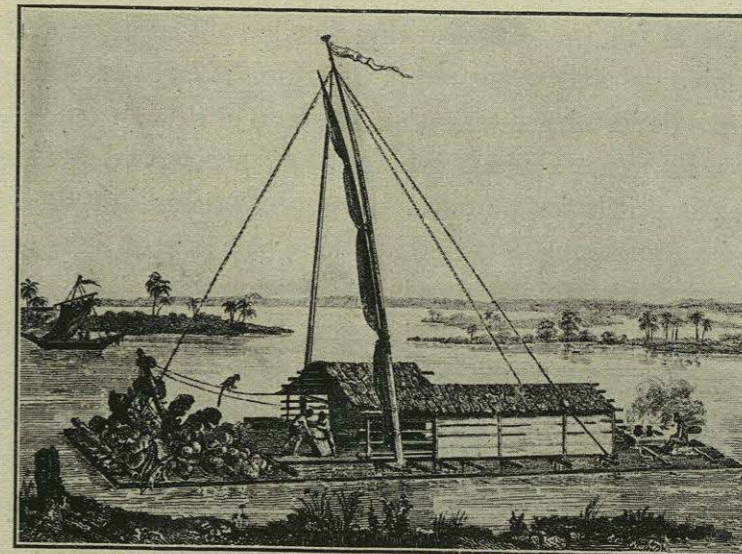
SOLDADOS COLONIALES DEL SIGLO XVII (De un grabado antiguo).

Muchas poblaciones de la gobernación del Río de la Plata parecían ignorar la existencia de Buenos Aires, viviendo en relación directa con Chile ó el Alto Perú. Transcurrían años enteros sin ponerse en contacto ciudades que hoy sólo están separadas por unas cuantas horas de ferrocarril.

En esta vida de aislamiento y pequeñez en medio de la inmensidad, se fué formando el carácter de los conquistadores y colonos del Río de la Plata. Sus descendientes han acabado por constituir una gran nación con estos elementos originales. Ocupaban una tierra sin minas, sin ninguno de los recursos que en aquellos tiempos formaban la riqueza de un país, rodeados de tribus nómadas y faltas de cohesión social. Estas tribus intenta-

ron resistirse al principio á la invasión europea; pero apenas fueron vencidas, unas se sometieron, ayudando al conquistador en sus trabajos civilizadores; otras huyeron al desierto, donde intentaron resistirse de nuevo, lo que prolongó la guerra de conquista siglos y siglos, hasta tiempos muy recientes. No existiendo entre los indígenas una civilización orgánica semejante á las de Méjico y el Perú, no fué posible la sumisión del país de una sola vez, como lo hicieron Cortés y Pizarro.

El colonizador español tuvo que esforzarse en el Río de la Plata más que en ninguna otra tierra de América. El indígena le ayudó poco en sus trabajos, y no tuvo á mano metales preciosos para seducir á Europa, atrayéndose sus auxilios. Además, el país «bautizado— como dice Mitre — con un nombre engañoso, que sólo el porvenir debía justificar», era fértil cuando lo despertaba la mano del hombre, pero en estado natural apenas si



UNA Balsa DEL PARANÁ (Grabado antiguo).

bastaba para el mísero sustento de las pequeñas hordas indígenas, que vagaban sobre él parasitariamente, sin constituir nada estable. Llanuras cubiertas de maleza, grandes pantanos, montañas estériles y selvas vírgenes, únicamente utilizadas por las fieras, fué todo lo que encontraron los primeros blancos. Por esto la colonización platense tuvo que luchar en sus primeros tiempos con escaseces y miserias no conocidas en otros países. El indígena cultivaba sólo la tierra en algunos valles del Norte, imitando sin duda á los peruanos, y su agricultura era tan primitiva, que aquél hubiese perecido de necesidad á no ser por la caza.

Hablando un día con el general Roca, que dió glorioso término á la conquista del desierto y pudo ver de cerca en sus campañas la vida del indio, casi igual á la de los tiempos del descubrimiento, me decía este ilustre militar:

— Lo que me ha preocupado muchas veces en mis viajes, es qué comía el indio antes de la llegada de los españoles.

Cuando el caballo y la vaca no habían pisado aún la tierra argentina, y el trigo era desconocido, y el maíz sólo lo cultivaban en exiguos bancales algunas tribus del Norte, el indio comía lo que encontraba al alcance de su arco, ó no comía muchas veces, y así se explica lo exiguo de la población indígena en unas llanuras que hoy son lo más fértil y maravilloso de la República.

La colonización española del Plata fué una empresa de hambre. Nadie se enriqueció en este suelo ni pudo volver á España con enormes tesoros, como los hidalgos de Méjico y el Perú, á los que llamaban *indianos* y *peruleros* en la Península. Hubo que pedir á la tierra, no riquezas, sino simplemente el sustento, arrancándose en fuerza de penalidades y lágrimas. Esta escuela de sufrimientos fortaleció el ánimo de la joven sociedad, siendo el dolor y la miseria una excelente preparación de las grandezas presentes. En otros países americanos el descubrimiento de un filón ó el poderío de la espada, bastaban para proporcionar la riqueza. En el Río de la Plata no había plata, y la sociedad fué moldeada por las exigencias de un trabajo incesante, que tenía por objeto no el enriquecerse, sino simplemente poder subsistir.

Á las condiciones especiales de este país, de una opulencia sin límites cuando se le somete

á labor, y de árida pobreza si se le deja inculto, uníase el carácter de las pequeñas sociedades de blancos establecidas en él.

La vida colonial en el Plata fué democrática desde los primeros tiempos. En la expedición de Mendoza llegaron viejos nobles, gentilhombres de la corte, altivos comendadores, porque aún se creía entonces en la existencia de montañas de plata al final del Paraná. Al desvanecerse el fantasma de tales riquezas, los nobles aventureros que vivían en España olvidaron el camino del Sud, y cuando la ruina de sus casas les hacía sentir la necesidad de embarcarse en busca de fortuna, dirigiáanse á Méjico ó al Perú.

La gente linajuda de Mendoza, que hubo de quedarse en las riberas platenses, olvidóse de sus privilegios y títulos. Luego del primer sitio de Buenos Aires, con su hambre famosa, «sólo comparable á la de Jerusalén», no estaban las gentes para acordarse de rancios pergaminos. La necesidad de vivir hacía que fraternizasen unos con otros, ayudándose en la obra común. A la generación siguiente, los hijos nacidos en el país curábanse poco de los honores gozados por sus padres en la Península. Además, todos los españoles, por humildes que hubieran sido en la tierra de origen, adquirían en América una gran superioridad al vivir entre indígenas. El indio sumiso de las encomiendas, admiraba á los españoles en conjunto, y éstos formaban una especie de democracia superior, en la que todos los blancos eran iguales en derechos, por su elevación sobre los naturales del país.

Además, no existía el feudalismo, tan arraigado en otros países de América para suplir el indio, y que facilitaba la creación de enormes señoríos. Como en la Plata no se conocían minas, no hubo la tiranía del trabajo llamada «mita», ni grandes fortunas que elevasen de un modo exagerado á unos hombres sobre otros. Hasta las «encomiendas», lotes de tierra, con los indígenas que los poblaban, repartidos entre los españoles conquistadores, no constituyeron una organización feudal, como en otros países americanos, pues su duración sólo fué por dos vidas. Todo tendía en el Plata á un nivel común, á una vida modesta y activa, sin violentos altibajos. No hubo tampoco la división de razas que en otros países, ni se vieron obligados los conquistadores á grandes exterminios de indígenas. La casta aborígen, por medio de las alianzas naturales del español y la india fué transformándose, especialmente en las ciudades, mezclando su sangre con la blanca y creando una nueva raza, la de los criollos, que desde los primeros años ayudó mucho á la obra colonizadora.

Méjico y Perú fueron, por su organización, un remedo de la corte de España, con sus condes y marqueses. Chile fué menos aristocrático, pero conoció los mayorazgos y su tierra mantuvo un sistema semifeudal de señores y arrendatarios. Las que hoy son provincias argentinas del Norte, como se hallaban en frecuente contacto con el Alto Perú, participaron de esta absurda organización de señoríos y títulos nobiliarios. Sólo las provincias del Río de la Plata ofrecían una homogeneidad democrática, en la que todos eran iguales por derecho. Aun en los tiempos de más lustre y boato de los virreyes platenses, ó sea en el siglo XVIII, éstos no tenían más corte que la de sus empleados y ciertas familias de procedencia peninsular. Un observador de aquellos tiempos decía, hablando de los argentinos: «Tienen tal idea de su igualdad, que creo que aun cuando el monarca acordase títulos de nobles á algunos particulares, ninguno los consideraría como tales».

Mientras los reyes absolutos de España suprimían los antiguos fueros de las regiones de la Península, y anulaban los municipios, los españoles del Plata tenían el Cabildo para los casos importantes de la vida pública, y designaban muchas veces por sufragio popular á sus gobernadores. La cédula de Carlos V autorizaba estas designaciones de autoridades, que se mantenían muchos años en sus puestos sin necesidad de la regia confirmación.

Era aquella sociedad colonial, como dice Mitre, una democracia rudimentaria, tal vez turbulenta por naturaleza, pero laboriosa por necesidad, con instintos de independencia individual y de libertad comunal. Al vivir entregada á su propia dirección, luego de las primeras y más ruidosas expediciones de la conquista, pasó de la anarquía al orden y del absolutismo al sistema electivo.

* * *

Las ciudades del Plata, como todas las de América, tuvieron un origen militar. Sus cimientos fueron bañados con la sangre de encarnizados combates. Había que resistir la oleada de los indígenas, deseos de arrasar estos centros nacies de civilización. La fortaleza fué el núcleo vital de toda urbe.

La vida de aislamiento que llevaban estas ciudades, alejadas unas de otras por enormes extensiones de desierto, y el haberse realizado la conquista del territorio argentino por tres puntos á la vez (por el Océano, por el Alto Perú y por Chile), hacía que los centros de población se mantuvieran aparte, mirándose con cierto despego y teniéndose entre sí por extranjeros.

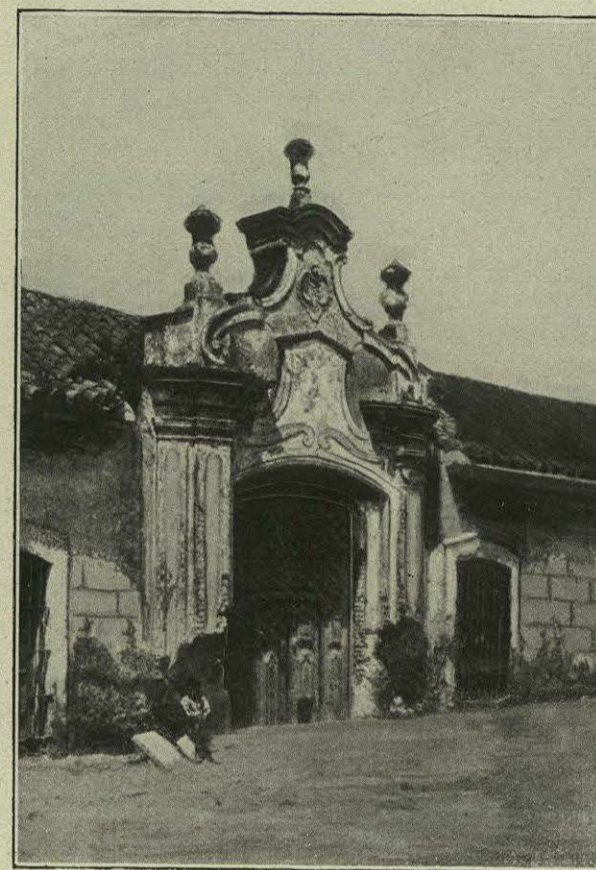
La ciudad colonial «nació egoísta», como afirma un ilustre autor argentino (1), y este egoísmo fué una de las causas originales de las guerras civiles que ocurrieron después de la Independencia y de los choques incesantes entre provincias al constituirse la nacionalidad.

Fomentaba este egoísmo hurraño lo difícil de las comunicaciones. Cada ciudad vivía de ella misma, teniendo que amoldar sus necesidades á sus medios. Hasta la justicia tropezaba con la enormidad de las distancias.

Los territorios del Río de la Plata dependían de la Real Audiencia de Charcas, y en 1588 el Rey de España enviaba una cédula á los Presidentes y Oidores, amonestándoles para que visitasen con más frecuencia los territorios sometidos á su justicia, pues «hásele informado que la provincia de Tucumán no ha sido visitada desde que se descubrió», ó sea en treinta y cuatro años.

La misma Audiencia de Charcas tenía bajo su jurisdicción á Buenos Aires, y los señores Oidores habían de emprender un viaje de 400 leguas para llegar á ella á través de altas sierras y llanuras desiertas, con gran escolta de soldados que les defendiesen del indio bravo. Fácil es adivinar que transcurrían años y aun lustros sin que se pensase en repetir la extraordinaria visita.

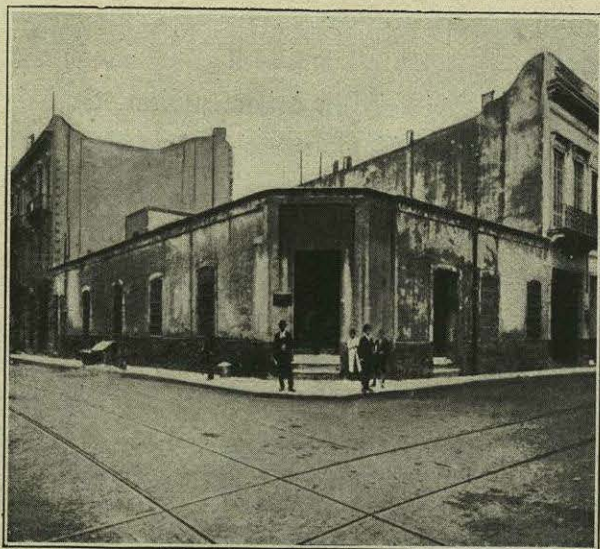
Con el tiempo fué modificándose el aislamiento de la ciudad colonial. Las necesidades



BUENOS AIRES. LA ADUANA VIEJA

(1) José María Ramos Mejía, en su hermoso libro *Rosas y su tiempo*.

económicas transformaron el carácter militar, asilado y egoísta de su fundación, y para vivir tuvo que establecer relaciones con las ciudades vecinas. Los pueblos del litoral, con sus llanuras, que proporcionaban abundante alimento á los rebaños infinitos de propiedad común, podían mantenerse, rudamente, pero sin necesidad de auxilios extraños. Las ciudades del interior, fun-



BUENOS AIRES. UNA CASA DE LA ÉPOCA COLONIAL.

dadas por los españoles del Perú y de Chile, en países montañosos, como etapas fortificadas de su avance, no gozaban con la misma amplitud de estos medios naturales y necesitaron apelar á ciertas industrias, estableciendo intercambios entre ellas. Como dice Ramos Mejía, «el provinciano del interior tenía que ser, por fuerza, ambulante y viajero. Las necesidades elementales de la vida fomentaron su industria ingenua, y este ir y venir de todas las provincias que se necesitaban las unas á las otras, acabó por vincularlas y confundirlas, aprovechando y cimentando al fin los vínculos de su origen español, de su común gobierno colonial y de su vecindad geográfica. La vida económica del coloniaje destruyó el aislamiento de las ciudades, propia de la vida militar en tiempos de la conquista. Córdoba producía paños, lienzos de algodón, aguardiente, frutas y maderas, y como ciudad de tránsito más directo para el Perú y asiento de una aduana seca, recibía el contacto de casi todas las demás ciudades. San Luis tenía sus ponchos y frazadas, que le compraban Salta, Tucumán y Mendoza, las cuales, á su vez, daban sus tejidos y cueros curtidos, mientras otras poblaciones producían trigo, harina, maíz y un algodón de excelente calidad».

Las ciudades hacían verdaderos sacrificios para entrar en comunicación comercial con sus vecinas. Les iba en ello la vida. Además, sentíanse empujadas las del interior por una fuerza irresistible hacia las poblaciones ribereñas del Plata. Ya es sabido que las poblaciones tienden hacia el mar, como las plantas hacia la luz. Aunque el monopolio comercial mantuviera casi cerrado el hermoso estuario platense, este absurdo privilegio no conseguía matar el contrabando, que en tal situación gozaba de la respetabilidad de una empresa civilizadora. Por las ciudades del gran río recibían las del interior los productos europeos, menos recargados que si llegaban por la vía legal, ó sea procedentes del Perú, enormemente gravados en la aduana seca de Córdoba.

Se critica ahora, con la seguridad que da la experiencia, y desde la altura de los hechos consumados, la torpeza y precipitación con que procedieron los fundadores de muchas ciudades. Tarea fácil es la censura cuando se vive en los tiempos presentes; pero hay que colocarse para ser justo en la situación de aquellos aventureros que caminaban á través de lo desconocido, teniendo que pensar en abatir los obstáculos naturales y defenderse de las asechanzas del enemigo antes que en las futuras necesidades comerciales é industriales de su fundación. Muchas veces creaban una ciudad á orillas de un arroyo porque ya no podían seguir adelante, porque necesitaban descansar, y un paso más equivalía á la muerte de hambre y de sed en medio del desierto. Otras se establecían en un lugar árido é inhospitalario, por la razón de que en la vecina montaña les habían mostrado los guías indígenas algunos minerales sueltos que parecían denunciar la existencia de ricos veneros. Cuando la ciudad estaba ya fundada, secábase el riachuelo; la

pradera, de un verde fugaz, quedaba convertida en erial; la mina, de ricas esperanzas, era una ilusión, y por eso el viajero moderno clama ahora contra el absurdo de tales fundaciones, acusando de ignorantes ó locos á los primeros pobladores.

Separadas las ciudades por la llanura desierta y ardorosa, los coloniales adoraban estos pequeños centros urbanos, en los que nacían sus hijos y habían ellos de morir. La ciudad era la verdadera patria, y el vecino de la inmediata población un extranjero. Su mentalidad admiraba el hogar como un esbozo de la idea de patria, y la concepción suprema de ésta no iba más allá de la agrupación de hogares en torno de la casa comunal y de la plaza de armas con su rollo de justicia en el centro. El aislamiento que le imponía el desierto hacía amar con mayor vehemencia á su pueblo, que teóricamente estaba regido por el gobernador ó el virrey, pero, en realidad, no obedecía á otra dirección que la del Cabildo, fiel reproducción del municipio de la madre patria, desaparecido ya por entonces de la Península.

Los conquistadores, en el primer ímpetu de sus audaces correrías, fundaron ciudades sin pensar en la posibilidad de caminos que las uniesen. Marchaban y marchaban atraídos por lo desconocido, embriagados por la novedad, descansando apenas. Cuando el cuerpo fatigado pedía tregua, la imaginación lo reanimaba con el deseo insaciable de ver otras cosas. En cuarenta años sembraron de ciudades todo un territorio que luego sus descendientes necesitaron dos siglos para recorrerlo y ponerse en comunicación unos con otros.

Aquellos gigantes de la energía lo veían todo en grande, como si tuviesen el presentimiento de los futuros destinos del país. El conquistador no se contentaba con fundar una modesta aldea, rodeada de un foso. En Europa las conveniencias militares habían construido las poblaciones en pequeño espacio, para ocurrir mejor á su defensa. Las casas remontábanse unas sobre otras, buscando aire y luz en la apretura de las murallas; las calles eran estrechas y serpenteantes, profundas como barrancos y obscurecidas por arcos que comunicaban unos edificios con otros.

El español llegaba al Nuevo Mundo fatigado de la pintoresca y crepuscular tortuosidad de las callejuelas morunas, y al hallar tierra amplia sin amo y horizonte infinito, construía según sus anhelos. Trazaba á cordel calles largas y paralelas, muy anchas, como no existían en su país. La ciudad en tablero de ajedrez, con vías iguales á caminos y plazas que eran campos, admirábala como el resumen de to-



LA FERIA DE PORTOBELLO (Grabado del siglo XVII).

das las bellezas urbanas. En Sevilla y en Madrid, los graves Consejeros de Indias le habían dado un patrón de ciudad ideal: en el centro, la plaza de armas, con el Cabildo, la casa del gobernador, la iglesia y demás edificios oficiales, y desembocando en ella las principales calles, todas paralelas, todas semejantes, con sus manzanas de monótona regularidad de «ciento cuarenta varas de medir por cuadra». Como el terreno era abundante, el capitán fundador repartía